

Elegancia

La elegancia no es tan solo un concepto vano, de simple fórmula exterior más o menos influída por el veleidoso gusto de una generación o la brevedad de un corto período de tiempo; tal forma de entenderla quédese para las femeniles coqueterías; por el contrario, a nosotros nos interesa su otro y más verdadero sentido, que responde a una peculiar manera de pensar y obrar, de reaccionar y sentir ante el ambiente, las cosas y los hechos, de la cual jamás se pueda decir que fué baja claudicación o despreciable indignidad.

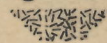
Si en lo físico no es elegante lo desacorde, lo vistoso, lo llamativo, lo repugnante, en lo espiritual tampoco lo es lo taimado, lo malicioso, lo ostentoso, lo soberbio, lo vil. Esa elegancia no es otra cosa que una de las diversas gradaciones que van de lo malo a lo bueno, de lo imperfecto a la perfección, a semejanza de las que, en el orden material, van de lo feo a lo bello, de lo inútil a lo práctico. Trasunto de una alta categoría humana que implica nobleza, desprendimiento, comprensión y sobre todo una actitud ni orgullosa ni servil sino simplemente de sencilla dignidad ante la vida. Hay

elegancia en César, al ocultar a sus asesinos, con la toga, su rostro descompuesto por la mueca de la agonía; la hay, también, en Séneca al despedirse de esposa y amigos, con maravillosa serenidad, al llegar el supremo trance; la hay en el Cid al dar su mano a un leproso; la puede haber en el mendigo que no acomoda su conciencia a la ruindad de su miseria.

Es el gesto que traduce una creencia intransigente con lo acomodaticio, con cuanto significa concesión interesada, hipocresía, doblez y cobardía. Pero no basta obrar solamente de conformidad con lo que nuestra inteligencia entiende por virtud, justicia e hidalguía, es preciso que aquellos actos ejecutados estén revestidos de esa difícil sencillez, que no se aprende sino que nace de un alma recia, viril, sin mancha de mezquindad.

La valoración de esta elegancia no nos lleva, sin duda, a lo moral o a la bondad en su absoluta limitación, pero nos aproxima a la defectuosa y simple virtud humana, que si no tiene la grandeza de la santidad, tampoco carece del atractivo de las más puras esencias del espíritu.

Miguel Molina.



Lucena 21 de mayo de 1958